¡Qué lástima! Pero adiós

Ilustradora: Isabel Durán Lladó
Autoras: Isabel Durán Lladó
Alicia Morales Fernández

¡Qué lástima! Pero adiós

Isabel Durán Lladó
Alicia Morales Fernández

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
© Ilustradora: Isabel Durán Lladó
Autoras: Isabel Durán Lladó
Alicia Morales Fernández, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

IBSN: 978-84-10236-17-2
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-10233-2024

A mi familia, a los que están y a los que se fueron,
especialmente a mi abuela Pepa.
Para los hombres y mujeres que formaron
y forman parte de mí vida.

Isabel Durán Lladó

Para Miguel, Ramón, José Luis, Pablo y Javi,
los hombres que han enriquecido y enriquecen mis días

Alicia Morales Fernández

A Juan Benítez Casas con todo nuestro agradecimiento
por compartir arte e ideas en las ilustraciones

Isabel y Alicia

Porque no supiste entender a mi corazón,
Lo que había en él.
Porque no tuviste el valor de ver quién soy.
Porque no escuchas lo que está tan cerca de ti.
Sólo el ruido de afuera y yo,
Que estoy a un lado, desaparezco para ti.
No voy a llorar y decir
Que no merezco esto,
Porque
Es probable que
Lo merezco, pero no lo quiero, por eso me voy.
¡Qué lástima, pero adiós!
Me despido de ti y me voy.
¡Qué lástima, pero adiós!
Me despido de ti.

JULIETA VENEGAS, *Me voy*

PREÁMBULO

EL ORIGEN

Todo comienza cuando una de nosotras en el bar de la esquina nos anuncia que va a casarse. La más joven de todas; a la que creíamos como la eterna soltera estaba allí enseñándonos el anillo. A sus cuarenta años parecía una adolescente ilusionada. Nos pusimos muy contentas, había que celebrarlo. Después de diez años éramos lo más parecido a unas amigas. Un grupo heterogéneo de mujeres, de distintas edades, de distinta formación, de distintos ideales, tres veces por semana durante una hora compartían una clase de yoga. Cinco de ellas, tan parecidas entre sí como un huevo a una castaña, después de la relajación formal se relajaban en el bar de la esquina tomando cañas y vinos. Compartíamos risas y agobios, hablábamos de los hijos, de los nietos, las que los tenían, de los maridos, de los ex... Tres veces a la semana después de la clase de yoga nosotras cinco hacíamos terapia, así que en cuanto supimos lo de la boda no tardamos en pensar en la despedida de soltera.

Decidimos que ni juergas nocturnas, ni *boys*, ni reuniones de *tuppersex*. Íbamos a alquilar una casa rural en Cortes de la Frontera, un pueblo de la provincia de Málaga, en plena Serranía de Ronda bañado por el Guadiaro, una ruta repleta de almendros y pinsapos. Haríamos senderismo, jugaríamos al Trivial y al chinchón, cocinaríamos para nosotras... prohibido los tacones, las fajas y los maquillajes. Un fin de semana de chicas y naturaleza bañado con vinos y algunos licores para celebrar la vida en torno a la chimenea.

Este libro nace allí, oyendo el crepitar de la leña con una copa y contando historias sobre los hombres más impresentables que habíamos conocido. Las distintas situaciones que habíamos tenido con ellos. Algunas historias son graciosas, otras más tristes, otras incómodas, pero todas, absolutamente todas, son reales. Cinco mujeres relatando sus enamoramientos porque, salvo un par de ellas, no llegan al amor real. Algunas duran un día, otras son más extensas. Nosotras llorábamos de risa y llegamos a llorar también de empatía. No hay historia de malos tratos físicos, aunque en algunos hay malos tratos, porque no quisimos recrearnos en lo triste ni en la violencia. Son relatos que en su mayoría no llegan a cumplir el año de relación; son fugaces salvo algunas excepciones…

Éramos un grupo de mujeres contando sus experiencias y riéndose de ellas, de ellos y de las estupideces compartidas. Toda una tentación para las escritoras.

No podíamos hacer otra cosa que después de reflexionarlas volcarlas en papel.

Todos los relatos están escritos en primera persona, porque así llegó hasta nosotras cuando nos lo contábamos con la copa en la mano y al calor de la chimenea. No queríamos actuar de juezas y para eso es mucho mejor que sea la protagonista quien lo cuente.

Hemos dejado que el orden de los relatos lo decida el azar, salvo el último porque este habla de amor, de amores que perduran, de segundas, de enésimas oportunidades que la vida te ofrece; es una reconciliación con la belleza y el amor y está bien que sea ese relato el que cierre el libro.

Todos tienen banda sonora, tal y como a nosotras nos suenan en la cabeza, o puede ser que sonaran mientras contaba la historia su protagonista. Todas son canciones más o menos conocidas, si quieres buscarlas hemos puesto el nombre del autor y del intérprete, así como de la canción por si recurres a San Google o a Spotify.

Estos relatos no aspiran a otra cosa que entretener y divertir a aquel, aquella o aquellos que lo lean. No hay lecciones, ni moralejas, ni nada parecido a eso. Creo que a lo largo de nuestra vida todos y todas hemos cometido muchas veces estupideces y nos hemos equivocado muchas más. Nosotras tuvimos la suficiente inteligencia para reírnos de nosotras mismas. El tiempo supo atenuar el dolor, la vergüenza o la idiotez.

Por eso nuestra única pretensión es que te rías y disfrutes leyéndolo.



Y me voy pa' la nevera,
y qué apuro,
lo que haya me lo como seguro,
y me dan unos ardores,
y me entran unas calores,
Don Manuel,
que es que me tengo que acostá.

ISABEL QUIÑONES «MARTIRIO», *LAS MIL CALORÍAS*

EL CORONITAS

Sudar en un gimnasio siempre me ha parecido una gilipollez, es mejor sudar en el dormitorio cuerpo a cuerpo… Claro que cuando tu grupo de amigas te dice que tienes los brazos pocos definidos y tu barriga parece una bolsa de patatas de guarnición empiezas a interesarte por estas cosas. Siempre he estado apuntada al *gym*, lo de ir es más complicado. Aquel día decidí que ya tocaba. Además, me había comprado un conjunto fucsia de pantalón y *top* que hacía que mi culo y mis tetas desafiaran la ley de la gravedad. Estaba muy mona. Me

recogí el pelo en una coleta alta y mis rizos me tocaban las mejillas. Noté el efecto al entrar. Me miraban, algunos musculitos me miraban en vez de mirarse ellos en el espejo.

«Nena —me dije—, ponte a hacer sentadillas con dignidad que hay público».

En la primera sentadilla se acercó Paco: metro noventa, ochenta kilos, pelazo, pantalón corto que mostraba unos muslos perfectos, bíceps y tríceps trabajados, tableta en el abdomen, …

—Tú eres nueva, ¿verdad? —Sonreía con unos dientes blanquísimos—. He visto tu ficha. Soy uno de los monitores de aquí. Ven te llevo a las bicis.

Yo no quería, no quería las bicis, el culo se me clava y acabo dolorida, pero estaba tan bueno... ¿Quién le dice que no a una escultura?, ¿a una obra de arte de la naturaleza?

—Ven, vamos a poner duro ese cuerpo.

—Yo quiero hacer abdominales. —Intenté librarme de las bicis—. Quiero definir la barriga, bueno perderla…

—Pedalea, guapa, que lo haces muy bien. —Y me tocaba las manos mientras intentaba aferrarme al poco aire que me iba quedando.

Después de media hora interminable me cogió de la cintura y me bajó con cuidado.

—Vamos a hacer pesas.

Le seguí porque no podía poner resistencia. A medida que sudaba y recuperaba el aire de los pulmones

pensaba que me estaba gustando muchísimo. Pero mucho. Probé con todos los instrumentos de tortura del gimnasio y él me seguía; bueno, mejor me iba diciendo dónde tenía que sufrir para conseguir un hipotético cuerpo diez.

Salí rota del gimnasio, pero decidida a volver al día siguiente y al otro, y al otro…

Un mes entero de sentadillas, pesas, abdominales, bicicletas cuando al fin Paco, mientras tomábamos en la cafetería del *gym* un horrible licuado de apio y rúcula, me sugirió cenar esa noche en casa, en mi casa, con la excusa de que él no tenía nada en la nevera. Me pareció una treta inocente por su parte, pero accedí sin más. Hacía tiempo que lo andaba esperando.

—Está bien, ahora me ducho y después te espero en casa. Cuando esté allí te mando la ubicación —sonreí— para que no te pierdas, al menos que no te pierdas así.

Él me devolvió la sonrisa y yo intuí que me entendió. Sí, lo sé, soy demasiado ingenua. A estas alturas de mi vida debería saber que hay hombres a los que hay que decirles las cosas claras y simples. Jugar con los dobles sentidos no siempre funciona.

Vivo cerca de la playa, en un apartamento pequeño, pero con una bonita terraza desde donde se ve el mar. El salón es muy grande, la cocina americana está perfectamente integrada. Predomina el malva en la decoración porque es uno de mis colores favoritos. Mi dormitorio también es amplio, con un vestidor y un

baño. La terraza conecta el dormitorio con el salón. No hay más habitaciones. En la terraza tengo un pequeño limonero que no da limones, un hibisco que sí da flores y una maceta de azaleas blancas en una mesa donde como en primavera y en verano. No vivo sola, comparto la casa con Isa, una gata que encontré en la calle abandonada siendo bebé. Las dos nos hacemos compañía. Isa, Isadora, fiel a su nombre, está todo el día paseando por la urbanización y colándose en las terrazas de los vecinos. Yo digo que es una gata libertaria.

El timbre sonó. Me había puesto cómoda: una camiseta ancha que me llegaba a la rodilla, con dos aberturas hasta los glúteos —que ya estaban casi duros—. La camiseta se resbalaba, dejaba ver mi hombro y el nacimiento del pecho. Iba sin sujetador y descalza, tampoco llevaba bragas…

Abrí la puerta. Ahí estaba Paco, recién duchado oliendo a gel de baño. Con una camiseta ajustada y unos vaqueros cortos también ajustados. Al verlo un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza. La noche prometía.

—¿Qué quieres beber? —le pregunté haciendo de buena anfitriona.

—Cerveza, si tienes —añadió tímidamente.

—Claro, tengo Coronitas, ¿te gustan?

Me habían regalado una caja de doce Coronitas en el super del polígono por un jamón que había comprado.

—Me encantan las Coronitas.

Sin darme tiempo se lanzó sobre la nevera y sacó una.

—¡¡¡Ummm!!!! —La saboreaba. Al segundo trago se la había bebido, cogió otra. Estuvo mirando en el frigo—. ¡¡¡Tienes filetes de pollo!!! ¡Qué sana! ¿Te importa que me haga alguno a la plancha?

—No, claro —dije como la estupenda anfitriona que soy—. Estás en tu casa.

No tenía que haberlo dicho, no tenía que haberlo dicho, pero lo dije. Paco sacó los filetes y los fue poniendo en la plancha. A medida que se hacían se los iba comiendo acompañado de su correspondiente Coronita.

—¡¡¡Ufff!!!, es que después del *gym* necesito proteínas.

Abrí una botella de vino y me serví una copa. Necesitaba relajarme, me estaba poniendo nerviosa,

—¡¡¡Qué buenos están, nena!!!

Estaba abducido por los filetes y las Coronitas, a mí ni me miraba. Yo tan mona, tan perfumada, con tanta hidratante echada con mimo por mi cuerpo y él sólo admiraba aquella carne de pollo… Seguía devorando los filetes sin reparar en mí, en que yo probablemente no había cenado. Eché un vistazo al frigo comprobando que el kilo de pechuga había desaparecido y también seis Coronitas. Él se asomó y dijo:

—Anda, tienes hamburguesas… —Miró el paquete—. ¡Y de ternera! ¡Qué buenas! Vamos a prepararnos un par de ellas.

Lo del plural mayestático lo haría por cumplir porque siguió devorando mis hamburguesas de ternera retinta, las que me preparaba mi carnicero, las que yo pensaba poner con una ensalada, una para cada uno esta noche.

—Las proteínas son muy necesarias. —Siguió con su discurso.

Yo me aburría sentada en la banqueta de la cocina observándolo y bebiendo la segunda copa de vino.

—Son buenas para hacer músculos. —Se abría la enésima Coronitas—. ¿Tienes kétchup?

—Sí.

—¿Y mayonesa?

—Sí, todo *light*.

—Mejor. —Empezó a mirar en los armarios de cocina, descubrió una lata de espárragos, dos de atún, una de alcachofas y un bote de frutos secos—. Mira qué ensalada más buena nos vamos a hacer. —Seguía utilizando el «nos» mayestático.

Yo me serví la tercera copa. Cuando se había despachado a gusto, sin recoger nada descubrió una porción de tarta de queso.

—Por favor… tarta de queso… Me encanta.

La cogió, buscó la nata y le echó un buen chorreón; yo la nata la tenía para otros menesteres. Buscó caramelo líquido, lo encontró. Bañó el postre en él. Para coronar su maravillosa gesta me regaló un eructo.

—Qué bien me está sentando todo. —Sonrió y por primera vez me miraba—. ¡Qué guapas estás! Pero no bebas solo, come algo que te va a sentar mal.

—No creo que me hayas dejado nada. —Imposté la sonrisa.

Mi libido me había abandonado en su quinta Coronita.

—Vamos al sofá, a ponernos cómodos y ver una peli. —Me dirigió una sonrisa cómplice llena de promesas que yo recibí con indiferencia.

Se tumbó en «mi sofá», no dejándome ni un rinconcito. Me senté en el sillón violeta, mientras miraba cómo cogía el mando de la tele.

—¡Qué pasada, nena! —gritó entusiasmado—. Tienes Netflix, Amazon, HBO… Joder, tía, no le falta un detalle a tu casa.

—Gracias —dije molesta.

—He visto que tienes Bourbon. ¿Me pones una copa con un poco de hielo?

—¿El señor quiere algo más? —Estaba enfadada.

—Un puñadito de frutos secos. —No se cortaba.

Buscó una de las plataformas y se puso a ver una película de acción, tiros, sangre y hombres fuertes. La devoró entera mientras yo apuraba la botella de vino. Una ventosidad se esparció en el aire.

—Perdona. —Se reía—. La confianza. Eres una tía de puta madre, tenemos que quedar más veces

—No sé, yo ando muy liada.